



Despegándose del texto. Los juegos de la “Nueva Historia Cultural”: Descripción, narración e interpretación*

Pablo Vázquez Gestal
Universidad Complutense

Para Checho

Resumen: El presente artículo se encuentra dividido en dos partes fundamentales: en la primera se pretende acercar al lector a las circunstancias y características historiográficas que rodean el nacimiento y desarrollo de la denominada Nueva Historia Cultural. En la segunda se lanzan una serie de propuestas nacidas del análisis de la realidad historiográfica de estos últimos años y de la autorreflexión propia del autor con los que ampliar el horizonte de la nueva corriente. Dichas propuestas se encuentran centradas en la apropiación que el historiador ha de hacer de otros objetos del pasado que generalmente son obviados por los profesionales de la historiografía y el nuevo uso que ha de dárseles si su pretensión es practicar ciertamente una nueva forma de práctica historiográfica.

Palabras Clave: Historiografía, Historia Cultural, Nueva Historia Cultural, Fuentes Historiográficas, Epistemología.

* He contraído una enorme deuda al poder elaborar y publicar este artículo con D. Luis Miguel Enciso Recio, que se interesó e implicó desde el primer momento con entusiasmo, con Dña. Elena Hernández Sandoica, cuyas observaciones conceptuales y sus estimulantes conversaciones han contribuido a hacer algo menos torpe las presentes líneas, con D. Ignacio Olábbarri, que con generosidad militante leyó y criticó sin conformismo lo que se dice en estas líneas, con D. Adolfo Carrasco, que me proporcionó valiosas noticias bibliográficas, con Jaime Moreno, que introdujo elementos de duda y con Dolores Mora, que destripó la estructura para hacerme ver mis propios errores y contradicciones. Junto a ellos, los correctores (anónimos para mí) de la revista me han proporcionado también valiosas acotaciones. A todos ellos gracias por las luces que puede haber en el escrito. Las sombras, que las hay, son de mi total responsabilidad.

[*Memoria y Civilización (MyC)*, 4, 2001, 151-186]

*Coming loose from text: the games of the "New Cultural History":
Description, Narration and Interpretation*

Abstract: This article is divided in to two main parts: the first aims to familiarize the reader with the circumstances and historiographic characteristics that surround the birth and development of the so-called New Cultural History. In the second a series of proposals are made based on an analysis of the historiographic reality of the last years and the author's own reflection along with that of those trying to broaden the horizons of the new trends. These proposals are formulated from the adaptations of other objects from the past that historian has to make which are generally ignored by other professional historians and the new applications of these objects if the aim is to exercise a new form of historiographic practice.

Key Words: Historiography, Cultural History, New Cultural History, Historical Sources, Epistemology.

"Alice was beginning to get very tired of sitting by her sister on the bank, and of having nothing to do: once or twice she had peeped into the book her sister was reading, but it had no pictures or conversations in it, 'and what is the use of a book', thought Alice, 'without pictures or conversation?'" Lewis Carroll, *Alice's Adventures in Wonderland*.

No le faltaba razón a nuestra heroína cuando se quejaba de la tiranía de lo escrito, de lo impreso, en el marco civilizatorio en el que estaba viviendo. Aburridas páginas de sesudos y plomizos relatos llenaban aquel día de verano en el que la quietud parecía llenarlo todo. Pronto nuevos recursos aparecerían con el avance del tiempo en aquella tarde.

Cierto es que la situación no se ha vuelto mucho más alentadora para, dando un giro radical, el panorama que ahora nos toca sobrevalorar: el historiográfico.

En nuestro oficio, obsesionado una y mil veces hasta la indigestión por la búsqueda de la fuente, del amarre físico que nos permita defender una determinada postura, lo escrito ha reinado, y reina, de manera tiránica en los tratados y obras que de producción historiográfica se han efectuado. Letra más letra, cita encadenada que nos remite más y más hacia otros nuevos o viejos escritos, notas a pie con voluminosos repertorios bibliográficos, son algunas de las velas imprescindibles que mueven hoy por hoy, y desde hace quizás demasiado tiempo, el barco de nuestro oficio: es el síndrome de la bibliofagia, extraña pero

milenaria filia que inunda, seduce e impera en cualquier persona con interés y voluntad de adentrarse ya no sólo en el oficio de historiador, o incluso de científico social, sino, simplemente, de científico sin apellidos.

Pero no se preocupe el lector todavía a estas alturas: no ha sido un ataque repentino de sarampión de posmodernidad lo que ha inundado la voluntad del que realiza el presente escrito. No nos deslizaremos por la pendiente del pensamiento débil, no nos dejaremos ganar por el último guerrero presentado al combate, no cogemos la curva divertida y galante del *linguistic turn*; por lo menos, no aún.

1. Historia/Novedad/Cultura. De los conceptos.

Tres damas en liza; tres pretendientes al trono; tres significantes, cargados de significados, aparecen ahora en nuestro horizonte, conjugados y enlazados en un título brillante, con ganas de convertirse en, si no paradigma, sí potencia con aires holísticos dentro del panorama historiográfico en el que ahora nos desenvolvemos.

Novedad de novedades: “una de las constantes de la historiografía parece ser la de reclamarse periódicamente renovada”, abría con ello su brillante ensayo la profesora Hernández Sandoica¹. No se es nada en este mundo occidental sin un buen apellido de novedad insertado en el paraguas científico en el que uno ampara las producciones que va generando su actividad profesional.

Ya *Annales*, a la que nos tocará acercarnos en no pocas ocasiones, decidió saltar al ruedo presentándose como una historia nueva, llena

¹ Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995, p. 15. Bronislaw GERMER establece también esta característica como constante en la historiografía moderna; *vid.* Bronislaw GERMEK, “Entre lo individual y lo colectivo, ¿historia social o historia moral?” en José ANDRÉS-GALLEGO, *New History, Nouvelle Histoire*, Madrid, Actas, 1993, p. 83 y Donald R. KELLEY, “El giro cultural en la investigación histórica” en Ignacio OLÁBARRI y Francisco J. CASPISTEGUI (dirs.), *La ‘nueva’ historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà*, Madrid, Complutense, 1996 (Actas del Curso de Verano en El Escorial, julio de 1994), p. 35.

de originalidad, que rechazaba las paternidades palpables y se desentendía de filiaciones justificativas². Actitud que encontraba respuesta y práctica paralela al otro lado del Atlántico con el nacimiento de la Historia Social y más tarde de la Cliometría, de gran arraigo en los Estados Unidos³.

Pero no vayamos a pensar que es una constante exclusiva del gremio al que nos dedicamos. Recordemos que tras la *imitatio* alentadora de los antiguos, resucitada por los humanistas del dieciséis, perviviendo en todo el diecisiete, aunque variando las materializaciones estéticas, llegó con la Ilustración y su proyecto de modernidad, en el que jugaba papel fundamental el progreso, la *innovatio*, que si bien tardó en plasmarse en el mundo del arte (le fue necesario el embate del romanticismo), triunfó con locura arrolladora a fines del diecinueve y principios del veinte en toda esfera de creación humana. Era imperativo para ser alguien no ser heredero del pasado, sino hijo ya no del presente, sino del futuro, de la promesa, de lo que nadie podía imaginar. Y esa constante de ser original, de no repetirse, que obliga a no reconocer herencias, deudas o préstamos, y estimula a proclamarse independiente, completamente nuevo y moderno (otra de las palabras parejas, porque nuevo y moderno van invariablemente unidos⁴), es un estigma que lastra y condiciona, perversa maniobra, curiosa trampa, a toda la historiografía (y a toda la tradición intelectual occidental, se

² Aunque la bibliografía a este respecto no deja de ser amplia, recomendamos Ignacio OLÁBARRI, "La 'Nueva Historia', una estructura de larga duración" en ANDRÉS-GALLEGO, *op. cit.*, pp. 29-90, Peter BURKE, "Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro" en Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1996² (1993, 1991 del original inglés), pp. 11-37, y Guy BOURDÉ y Hervé MARTIN, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992 (1990 del original francés), cap. 9 y 10.

³ Cfr. HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, p. 15.

⁴ No obstante, escribió hace ya mucho tiempo Ortega: "La palabra 'moderno' expresa, pues, la conciencia de una nueva vida, superior a la antigua, y a la vez el imperativo de estar a la altura de los tiempos. Para el 'moderno', no serlo equivale a caer bajo el nivel histórico". En José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998³¹(1930), p. 92, n. 6.

entiende) del veinte⁵. ¿Las vanguardias, concepto no gratuito aunque pueda parecernos hoy manido, no fueron sino un intento loco, arriesgado, fugaz, malditamente acelerado, por dar respuesta a las ansias de crear sin imitar, de ser rasgadamente nuevo?

‘Nueva’, pues, no significa necesaria o unívocamente lo que su significado nos remite a menudo. ‘Nuevo’ forma parte de una estrategia que se ha convertido en rito necesario para poder lanzar una propuesta no necesariamente novedosa en el marco general de nuestra tradición de pensamiento, aunque sí en el marco particular, en el contexto circunstancial del momento intelectual en el que se lanza. ‘Nuevo’ es una especie de tasa que se nos impone desde el mundo intelectual para cuando queremos crear una distinta, particular o propia sucursal dentro del oficio general de nuestra actividad científica profesional.

Historia o Clío, tantas veces definida y, afortunadamente, nunca finiquitada, siempre con problemas. Historia será, pues, parafraseando la sentencia posmoderna del profesor Formaggio, lo que los historiadores digan que es historia. No importa definir el objeto, vallar el campo de estudio, sino observar si las materializaciones concretas, los

⁵ No deja de ser curioso que las últimas tendencias, casi sin exclusión, incorporen el calificativo dado: Nueva Historia Política de René Rémond (cfr. Guy BOURDÉ y Hervé MARTIN, “La renovación de la historia política”, en *op. cit.*), la aquí acordada referida a lo cultural, la no ya nueva sino Novísima Historia Económica o incluso la Nueva Historia Militar (de talante no tan nuevo y de aspiraciones mucho más sectoriales y menos amplias que cualquiera de las tres anteriores: cfr. Cristina BORREGUERO BELTRÁN, “Nuevas perspectivas para la Historia Militar: la ‘New Military History’ en Estados Unidos”, *Hispania*, LIV/1, 186, 1994, pp. 145-177 y Carlos NAVAJAS ZUBELDIA, “Consideraciones sobre historia militar”, *Hispania*, LVI/2, 193, 1996, pp. 739-753. Observando los dos artículos, concluirá el lector que lo que está asumiendo esta corriente son las innovaciones y alcances logrados hace treinta años por la llamada Historia Social y la Historia de las Mentalidades. Por ello, su proyecto es una apuesta por alcanzar, al menos, al primer corredor de la carrera, por ponerse al día, recuperar la ventaja sacada, pero no sobrepasarlo. Para una mirada de conjunto, *vid.* Ignacio OLÁBARRI: “‘New’ New History: a *Long Durée* Structure” en *History and Theory*, 34, 1995, pp. 1-29.

productos presentados, responden a las expectativas señaladas o cómo se insertan en el marco circunstancial historiográfico del momento⁶. Carece de sentido intentar proporcionar una definición clara de lo que tiene o debe ser la historia, aunque quizás más tarde, la clave sea dada.

Y, por fin, cultura⁷.

Dicha palabra reviste, como las dos anteriores, idénticos problemas de esclarecimiento, limitación y precisión. Cultura ha sido todo lo que los estudiosos han querido amparar bajo ello. Ha sido también las dispares respuestas dadas desde distintos campos, porque recordemos que es un punto de encuentro, un lago central al que van a dar los ríos de la historiografía, la antropología, la filosofía, el arte, la filología, el derecho, y un largo conjunto de saberes que entran y salen de la amplia sala que resulta de esta palabra. Y por ello, cualquier esfuerzo de clarificación, por reducción, comenzará por ser falso, al intentar acotar algo que no es acotable, por el simple hecho de que es una invención, y como toda invención, su forma es variable, cambiante y transformable dependiendo de las circunstancias y momentos⁸.

⁶ Bastante frívola resulta esta liquidación fugaz del problema conceptual en torno a la Historia, pero ni nuestra intención es dar recetas escolares ni soluciones colegiales a problemas irresolubles (afortunadamente) y sin necesidad de ser resueltos.

⁷ No es nuestra intención entrar de lleno en la cuestión. Hay una reciente aportación, valiosa, que define el término en el contexto del conocimiento contemporáneo: William H. SEWELL, jr. "The Concept(s) of Culture", en Victoria E. BONNELL and Lynn HUNT (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 1999, pp. 35-61.

⁸ Para una rápida pero orientativa reflexión, Aróstegui establece un devenir temporal escueto del término muy interesante, Julio ARÓSTEGUI, "Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e historia en tiempos de crisis" en *Cultura y culturas en la historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995, pp. 219 y ss. Para un viaje más amplio, *vid.* Stephen P. DUNN, "Cultura", en Claus D. KERNIG (dir.), *Marxismo y democracia. Sociología. 2*, Madrid, Rioduero, 1975 (1966 del original alemán-inglés), pp. 1-10 y también, y aún más extenso, y viajando hasta el XV, haciendo divisiones temáticas, Peter BURKE, "Origins of Cultural History" en *Varieties of Cultural History*, Nueva York, Cornell University Press, 1997, pp. 1-22. En otro capítulo se entretiene en las materializaciones más cercanas (principalmente siglo XX):

La intención evidente de no dar una respuesta clara del concepto, de no realizar una propedéutica lineal y clara, quizás en el presente caso más útil por lo cómodo, pero más falso por lo inocente, responde a la voluntad de dejar el campo libre, las opciones abiertas, la elección al que ejerce el oficio.

Al mismo tiempo, el lector, que no es inocente, captará las comprometidas afirmaciones del texto presente que establecen una determinada y precisa idea de la concepción que de cultura se defiende desde estas páginas⁹.

2. Nueva Historia Cultural (NHC). De las circunstancias

Ahora viene el riesgo: reunir los tres términos que hasta ahora bailaban por separado y unirlos en conjunto unívoco que presente un marco claro de significado. No son los mismos los actores cuando los vemos funcionando por separado a cuando los insertamos ya no sólo en el marco del acto, de la escena a representar, sino en la obra que sustenta sus representaciones. Aunque los significantes sean los mismos, los significados han variado porque los principios, las intenciones, las circunstancias de quien defiende tal postura y del espacio en las que las defiende también son particulares.

vid. Peter BURKE, "Unity and Variety in Cultural History" en *Idem*, pp. 183-212.

⁹ El asunto de la clarificación de los conceptos siempre resulta problemático ya que éstos se encuentran constituidos, en sí mismos, históricamente. La *Begriffsgeschichte* (Historia conceptual) de Koselleck nos proporciona las claves para entender que los conceptos no son estrellas nítidas de un cielo definido, sino objetos históricos susceptibles de ser analizados bajo un determinado método. Cfr. Reinhart KOSELLECK, "Histórica y hermenéutica" en Reinhart KOSELLECK y Hans-Georg GADAMER, *Historia y hermenéutica*, Barcelona. Paidós-I.C.E., 1997 (1987 del original en alemán), pp. 67-94 y la introducción al texto hecha por José Luis Villacañas y Faustino Oncina. También como marco de introducción en la corriente filosófica aconsejamos: Joaquín ABELLÁN, "'Historia de los conceptos' (*Begriffsgeschichte*) e historia social. A propósito del diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*" en Santiago CASTILLO (coord.), *La historia social en España*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 47-64. Por ello estamos impedidos, en este marco, a poder dar cuadros de significado acotados, porque no es el objetivo de lo que aquí se presenta.

La Nueva Historia Cultural es un proyecto no declarado, sin paternidad consciente, que se encuentra en la niñez, en el comienzo de su vida, y que desemboca en múltiples salidas que no siempre responden positiva y ciertamente a lo que desde los principios se había enunciado. Los frentes, los lugares de producción, no son uno, no responden a una escuela, a una única tradición historiográfica ni nace al amparo de ninguna doctrina filosófica aplicada al campo de lo histórico¹⁰.

Su fecha de fundación no es precisa y cabría situarla en torno a la mitad de la década de los ochenta, cuando se produce el agotamiento de los principales paradigmas¹¹ y comienzan a tantearse salidas al periodo estructuralista (tómese el término en amplitud, no en sentido de escuela antropológica vinculada a Claude Lévi-Strauss) que está herido de muerte. En ese intervalo de incertidumbre, entre el 85 y el 90, es cuando se produce, a nuestro entender, el giro favorable a la

¹⁰ Ello no implica que en sí misma no sea en buena parte una derivación de los últimos cascotes del templo de los *Annales*, que tenga una grave deuda contraída con la filosofía posmoderna y se alimente de préstamos tomados de otras ciencias sociales, acción convertida en tradición por el uso continuado que de esta estrategia ha hecho la historiografía occidental de este siglo. Para ver los distintos puntos de partida de la NHC, *cfr.* Peter BURKE, “La nueva historia socio-cultural” en *Historia Social*, 17, 1993, pp. 106 y 107.

También resulta muy interesante el esquema, diacrónico y temático, de Lynn HUNT y Victoria E. BONNELL, “Introduction” en BONNELL y HUNT, *op. cit.*, pp. 1-32, desde una perspectiva con marco referencial preferiblemente americano.

Pare el caso específico de *Annales*, para observar cómo surge dentro de la escuela la tendencia, *vid.* Roger CHARTIER: “L’histoire culturelle” en Jacques REVEL y Nathan WATCHELL (eds.), *Une École pour les Sciences Sociales. De la VI^e Section à l’École des Hautes Études en Sciences Sociales*, París, Les Éditions du Cerf, 1996, pp. 73-92.

¹¹ *Cfr.* Julio ARÓSTEGUI, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 128-134; HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, p. 139 (en ella se nos proporciona una cita de Duby del año 1987 que no deja de ser reveladora: “Nos encontramos al final de algo” (...) “tengo la sensación de que falta aire...””) y Roger CHARTIER, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas” en OLÁBARRI y CASPISTEGUI, *op. cit.*, p. 19.

NHC¹². Es un periodo de gran confusión en el que aparece un vacío que no es llenado inmediatamente por nadie y que responde a una quiebra general del pensamiento, de la teoría del conocimiento de la modernidad, al producirse el triunfo definitivo, aunque no total, del pesimismo de la posmodernidad. Siguiendo este hilo, y tras ese periodo de recolocación de los ideales y reorganización de los principios, (insistimos, más por obligación que por convicción) nacerá la NHC.

En los *Annales* ese giro se manifestará en la derivación de la Historia de las Mentalidades hacia una historia que va engullendo los restos metodológicos y temáticos de los proyectos naufragados¹³: la Nueva Historia Cultural. El gran artífice del giro, de la vuelta de tuerca y del cambio de *look* es Roger Chartier que, a partir de ese momento, re-

¹² En ese sentido, el temprano artículo de Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, “La sustracción del objeto. Sobre historia de la cultura e historiadores en España, 1968/1986”, en VV.AA.: *Problemáticas em Historia Cultural*, Oporto, Faculdade de Linguas e Literaturas, 1987, pp. 143-164), se hacía eco, ejemplificando, de la fractura dada aunque todavía no acertaba a vislumbrar las materializaciones reales. “Que sepamos, no parece haberse planteado en ningún caso una inversión de las categorías de orden a la estructuración de taxonomías predominantemente culturales”, p. 154.

¹³ De hecho, muchos rechazan la diferencia entre la NHC y la Historia de las Mentalidades al considerar a la primera como una derivación de la segunda (Cfr. HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, p. 139: “conocida en su fase más reciente como ‘historia sociocultural’ (...) hay quienes sin embargo llegan a identificar del todo esa otra etiqueta con la totalidad de la ‘historia de las mentalidades’, superponiendo ambas”. También puede observarse la confusión entre los términos desde la tradición anglosajona. En el libro de Black y MacRaild, en el fugaz capítulo dedicado a la Historia Cultural, acaban por afirmar que lo que en Francia se ha dado en llamar Historia de las Mentalidades es lo que en Inglaterra se asocia con la Historia Cultural. Cfr. Jeremy BLACK y Donald M. MACRAILD, *Studying History*, Londres, MacMillan, 2000² (1997), p. 79. Pero ello peca de simplista al intentar reducir la NHC al marco de la historiografía de los *Annales* y negarle a esta corriente historiográfica su naturaleza multicéfala, arborescente y multinacional, que escapa al marco claro y meridiano de una sola escuela. Recordemos: no conviene definir la NHC como un nuevo espacio historiográfico vallado y acotado como han sido los paradigmas historiográficos del XX.

coge el cetro del liderazgo llevado a cabo por Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie¹⁴ y Jacques Le Goff que, ya muertos, ya agotados, desaparecen de la primera línea de combate¹⁵. De todos modos, su camino es, en nuestra opinión, una red entretejida de múltiples y prestados cabos que si bien parecía amplia cuando se diseñó, hoy se nos antoja excesivamente reducida y limitada, dejando sin salida a los principios que el nuevo paladín de *Annales* comenzó a desbrozar hace ya más de una década¹⁶. Volveremos sobre ello más adelante.

Pero es desde la tradición norteamericana desde donde van a despuntar gran parte de los rayos del nuevo sol. Y no es casual esta geografía, tan propicia desde la segunda mitad del XX, más que el marco de Europa, a las últimas formulaciones hechas por el pensamiento intelectual occidental más último. Que la posmodernidad (defendida materialmente en los Estados Unidos, pero nacida al calor de pensadores naturales y de comienzos europeos) haya llegado desde Norteamérica como oleada resacosa de un mar que se presenta con gran vitalidad en aquel lado del Atlántico¹⁷ es una afirmación que no se le oculta

¹⁴ En este caso, sin embargo, habría que dejar patente que este historiador no se ha resignado a seguir confeccionando una historia 'tradicional' (en la línea renovadora en su tiempo, vieja hoy, de los *Annales* de los setenta), sino que, asombrando con su vitalismo intelectual, sigue produciendo nuevos trabajos que responden a, por lo menos, nuevas reflexiones historiográficas llevadas a la práctica. *Cfr.* así su libro, *Saint-Simon ou le système de la Cour*, París, Fayard, 1997.

¹⁵ No obstante, él prefiere denominar la corriente como "historia socio-cultural". *Cfr.* Roger CHARTIER, "Historia, lenguaje, percepción. De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social" en *Historia Social*, 17, 1993, p. 101.

¹⁶ A no ser que, como Pierre Vilar, entendamos que la escuela francesa haya dejado de existir como tal en la mitad de la década de los ochenta. *Cfr.* François DOSSE, *La historia en migajas. De 'Annales' a la 'nueva historia'*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1988 (1987 del original en francés), p. 264.

¹⁷ Nuevamente, la cuestión es más compleja; primero porque habría que señalar tres tipos de posmodernidad: la epistemológica, la antropológica y la política (que pueden ser diferentes, y lo son, pero también complementarias; *vid.* Jesús BALLESTEROS, *Posmodernidad: decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos, 1989, pp. 86 y ss.) y porque no todos los autores responden al perfil de europeos norteamericanizados (caso de Foucault, francés con dis-

a nadie. Y de la transcendencia de esta influencia en el marco general del saber histórico y más particularmente en el de la NHC es algo de lo que no podemos prescindir. Observaremos más adelante los préstamos tomados de este seno. Ahora lo que nos interesa resaltar es el hecho de que no se entiende la nueva corriente sin hacer continuas y marcadas referencias al tono, al espíritu intelectual del momento en el que nace y comienza a caminar. Así, entenderemos que los pasos de la historiografía no van desemparejados a los dados por otras disciplinas de saber social o intelectual, o incluso científico de cualquier talante sino que, aunque en materializaciones diferentes, caminan y se desarrollan en conjunto con el resto de los saberes con los que comparte marco.

El saber histórico no se entiende y queda desvirtuado si no se analiza en el amplio conjunto cultural del momento en que se está produciendo. Esta sana aunque complicada estrategia nos ayudará a entender que lo nuevo no es a veces tan insólitamente nuevo como algunos pretenden defender o hacer ver.

3. De la epistemología¹⁸.

“Pues bien: resulta que el hombre de ciencia actual es el prototipo del hombre-masa. Y no por casualidad, ni por defecto unipersonal de cada hombre de ciencia, sino porque la ciencia misma raíz de la civilización, lo convierte automáticamente en hombre-masa; es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno”.

“La ciencia no es especialista. *Ipsa facto* dejaría de ser verdadera. Ni siquiera la ciencia empírica, tomada en su inte-

curso en Francia), aunque sí los más (Lyotard o Derrida, que, educados en Francia, y con varios años de enseñanza allí, pasaron más tarde a integrarse en el sistema universitario norteamericano. *Cfr.* las voces correspondientes en: www.britannica.com). No obstante, *cfr.* HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, pp. 144 y 145. A ello, se le debe sumar los aportes que a la posmodernidad se han hecho desde Europa, como los de Gadamer o los de las escuelas de semiología y lingüística de Italia o Francia (*cfr.* ARÓSTEGUI, “Símbolo, palabra y algoritmo...”, p. 209).

¹⁸ Llegados a este punto, habremos de diferenciar entre la epistemología real y la ficticia; entre la empleada por los historiógrafos en la práctica y a la que realmente habrá que tender si se quiere hacer una renovación en el oficio y no una extensión de las últimas propuestas de los antiguos paradigmas.

gridad, es verdadera si se la separa de las matemáticas, de la lógica, de la filosofía. Pero el trabajo en ella sí tiene —irremisiblemente— que ser especializado”.

“... el hombre de ciencia ha ido constriñéndose, recluyéndose, en un campo de ocupación intelectual cada vez más estrecho” [...] “llega a proclamar como una virtud el no enterarse de cuanto quede fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva, y llama *dilettantismo* a la curiosidad por el conjunto del saber”.

José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*.

Desinstalados ya definitivamente de los problemas de los conceptos clarificadores, torcemos ahora la mirada hacia la epistemología de esta nueva corriente.

Y lo hacemos rápidamente porque entendemos que las materializaciones y los modos de hacer son siempre más esclarecedores que los principios programáticos, los ideales de artículo, siempre importantes, necesariamente imprescindibles, pero que a menudo se quedan en loables intenciones al no encontrar respuesta material en la producción efectiva de quien los escribe¹⁹.

Si algo define o definirá a la NHC será el uso de una realmente nueva epistemología que le hará ampliar el horizonte a los historiadores al llamar a escena una serie de fuentes que, aunque muchas usadas por otras disciplinas, la historia reclamará ahora con talante nuevo, con perspectiva de carácter diferente.

Pero, volvamos de nuevo, la revolución epistémica de la NHC no depende ya exclusivamente de ella, depende en gran parte de las estrategias y giros metodológicos de la filosofía, porque lo que plantea es una relativamente nueva teoría del conocimiento racional que exige al intelectual de hoy zafarse y trascender del texto escrito. No se trata de una estrategia particular del saber propio de los historiadores. Si así

¹⁹ “Consiste simplemente en advertir que, a la hora de hacer ciertas ponderaciones, conviene distinguir entre declaraciones programáticas y género de historia efectivamente practicado por los autores”, nos recordaba una vez más la disyuntiva entre teoría y práctica la profesora HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, p. 18.

lo hace, se verá irremediabilmente encerrada en un círculo amplio pero cerrado, sin salida.

3.1. De algunos conceptos epistémicos; representación y construcción

SÍMBOLO

“Llega una mano de oro luciendo un diamante
una mano de hierro gobernando unas riendas,
una mano de niebla donde canta una alondra:
yo las dejo pasar.

Llega una mano roja empuñando un espada,
llega una mano pálida levando una amatista,
llega una mano blanca que ofrece una azucena:
yo las dejo pasar.

Llega una mano sucia que sujeta un arado:
la tomo entre las mías y nos vamos a arar”.

Ángela Figuera, *Toco la tierra*.

Uno de los usos principales de los que hace empleo metodológicamente hablando la presente corriente es el del concepto polisémico de ‘representación’. Por representación entiende Chartier tres tipos de categorías: a) las ideas efectivas con los que un grupo social desbroza la realidad y que son usadas para desenvolverse en dicho entorno (las percepciones colectivas actuantes); b) las actuaciones reales de esas ideas efectivas: actos, signos, imágenes, y c) las materializaciones concretas de esas ideas en una cosa o en una persona. Serían, pues, la idea, el acto y el objeto, tres realidades unidas y complementarias y participantes de la idea de representación²⁰.

No es, sin embargo, una idea original de este autor, sino la traslación de la idea de signifiante y significado de la semiótica a través de la lámpara de la sensibilidad posmoderna con el acompañamiento de

²⁰ Cfr. Roger CHARTIER, “Historia, lenguaje, percepción. De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social” en *Historia Social*, 17, 1993, p. 99. Repetido el análisis en Roger CHARTIER, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en OLÁBARRI y CASPISTEGUI, *op. cit.*, p. 29.

la antropología simbólica y postestructuralista de Clifford Geertz²¹. Se trata de hacer partícipe al historiador de que los objetos no son algo objetivable, ni tienen vida por sí mismos, sino que son lo que el receptor de la imagen, de la palabra, en definitiva, del objeto a percibir, ve y entiende sobre él. Se trata de captar la representación de los componentes de la existencia (porque todo sería ya representación); lo que esos actos aportan a quien los contempla y cómo éste, el observador, los acepta y le trascienden. ¿Cómo codifico la realidad, en qué modo me hace actuar y en qué medida ha resultado (la efectividad) el mensaje entre un objeto-sujeto y otro objeto-sujeto (los dos son objeto y sujeto recíproco de las representaciones que están proporcionando)? La maraña se envuelve entonces de complejidad en las percepciones (vía para captar y entender las representaciones), de multilinealidad por las múltiples interconexiones entre las personas, las cosas y las ideas y de dificultad por aprehender las ciertas realidades de aquellas representaciones.

Pero no se detiene en esta parada el vehículo de los préstamos asumidos. Junto a ello irán las palabras de invención, creación o fabricación: construcción en definitiva²², porque la realidad al ser una pura representación no deja paso a lo natural, a lo existente *per se*, dotado de esencia propia y desvinculada. Al contrario, todo es una pura construcción, intencionada o no, por imponer unas determinadas categorías operativas que consigan hacer actuar a un individuo, grupo o incluso pueblo para el logro de un determinado objetivo.

El problema, sin llegar a serlo, es que se define como una característica, un rasgo epistémico que ha entrado en la historiografía de manera relativamente repentina, sin invitación aparente y con gran éxito. Son conceptos y estrategias exportados por casi todas las corrientes historiográficas, desde las que se ocupan de lo particular (los neorranquianos) hasta las más estructurales (los de la NHC), informándonos, a su vez, del contagio cada vez mayor entre las diferentes ciencias sociales y humanas. Se trata pues de una curiosa paradoja que, si bien nos informa de que en un mundo en el que las parcelas de estudio y los profesionales se especializan a ritmo vertiginoso, los usos de los

²¹ Cfr. ARÓSTEGUI, "Símbolo, palabra y algoritmo...", pp. 212 y 214.

²² Cfr. BURKE, "La Nueva Historia Socio-Cultural...", p. 108 y ss.

términos y de las perspectivas saltan las vallas de los campos especializados para unir o enlazar lo que en principio se encuentra aparentemente irreconciliable. Al fin, todos parecen compartir en mayor o menor medida el espíritu no ya de un siglo sino de un final y comienzo de siglos.

Así, en el poema arriba señalado se nos ofrecen representaciones metafóricas a partir de los objetos que una persona posee. No se le reconoce por su personalidad (no importan los nombres propios, sino las representaciones que el significante, el individuo, posee), sino por los símbolos que revisten su figura y que dan una determinada representación que actúa y ejecuta la imagen, la creación, personal o no, propia o ajena, voluntaria o no, del individuo que porta tales vestimentas. Objeto, sujeto, mensaje, emisor, receptor, escenario, partes de un todo, la comunicación (en sentido lato), son los que juegan los papeles protagonistas en la idea de cultura que desde estas líneas se lanza. Elementos que van más allá de lo puramente objetivo, porque cada uno de ellos se desenvuelve en un marco particular de circunstancias, entrecruzando significantes y entrelazando significados.

En definitiva, los individuos, las cosas, todos los elementos individuales que llenan el mundo en cualquier tiempo o espacio, no serían más que signos. Trasladando a la teoría del conocimiento general, de la capacidad de conocer, en metáfora procaz y devastadoramente amplia, la dinámica de conocimiento de la lingüística y la semiótica, los elementos que conforman el mundo no serían más que 'palabras' (signos, significantes) que unidas (a través de la combinación de unas con otras, con ayuda de la gramática) crean una unidad de sentido que no sería ni más ni menos que una sociedad, una cultura, un sistema propio (aunque no necesariamente verdadero) complejo, muy complejo, lleno de representaciones y creaciones propias que tienen sentido en sí mismas pero no fuera de dicho sistema. Uno (ser) no es lo que es (ser), sino las representaciones que, adheridas, desarrolla, actúa y representa en el sistema general de signos, su cultura (como si de un lenguaje se tratara), en la que está implicado.

Cierto es que eso sería llevar el pensamiento de la posmodernidad a sus últimas consecuencias, pero el uso y empleo de un término prestado no implica necesariamente que se actúe con el marco de co-

nocimiento completo del saber del que se ha importado el concepto. De hecho, la mayor parte de los autores de la NHC no han dado el *linguistic turn* que exigiría una práctica seria, comprometida y plena del espíritu de la posmodernidad, ni parece ser que lo vayan a dar. No han hecho lo que Schama ha comenzado a hacer: ‘salvar’ a la historia haciendo de ella un relato, una narrativa entre esteticista y literaria, prescindiendo de su carácter científico²³. Muy al contrario, la mayor parte de ellos (Chartier sigue declarándose hijo de *Annales* y, por lo tanto, estructuralista y confiando en una historia total y, del mismo modo, Burke en sus libros, no confesadamente, sí en la práctica, realiza el mismo tipo de aspiraciones globalizantes y holísticas, respaldado en el carácter científico de la disciplina) rechaza, o por lo menos no ejercita, ese tipo de narrativismo que prescinde de la cita, la nota, los convencionalismos epistemológicos y heurísticos tradicionales de la disciplina. Muy al contrario, “la nueva historia cultural es otra más de las corrientes con vocación de nuevo modelo surgidas de la crisis...” y “...tiene también una posición proclive a globalizar sus visiones...”²⁴. Es, en definitiva, un intento de salvación de los ideales de la modernidad revistiéndose para ello de una sensibilidad posmoderna y haciendo suyos muchos de los aportes que ésta ha dado a la teoría general del conocimiento del mundo occidental.

No nos engañemos. Así, encontramos ya la primera señal que divide a los historiadores que practican o vayan a practicar esta historiografía: desde la NHC se puede seguir avanzando por dos caminos desde el punto de vista teórico: o llevar a sus últimas consecuencias las teorías de la posmodernidad y practicar el narrativismo acientifi-

²³ Cfr. Enrique MORADIELLOS, “Últimas corrientes en Historia” en *Historia Social*, 16, 1993, pp. 104 y 105 y ARÓSTEGUI, *La investigación histórica...*, p. 134. Si vamos directamente al libro que mejor expone esto, no habrá dudas acerca de lo afirmado. Cfr. Simon SCHAMA: “Afterword” en *Dead certainties (unwarranted speculations)*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991, pp. 319-326). No obstante habremos de ser cautelosos, pues lo último publicado por SCHAMA (*Rembrandt’s Eyes*, Londres, Penguin, 1999) parece que es una nueva vuelta de tuerca en su carrera como historiógrafo, pues sin desentenderse de lo practicado anteriormente, modifica de nuevo la práctica historiográfica.

²⁴ ARÓSTEGUI, *La investigación histórica...*, p. 144.

cista, literario y postestructuralista, y de esencia descriptiva²⁵ (actitud ésta seguida por Natalie Z. Davis y reflejada en sus últimos libros²⁶), o

²⁵ La microhistoria (que no la historia local o de microenfoque) sería la materialización de estas aspiraciones en el campo de lo historiográfico: *cfr.* Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ, “La trama del tiempo. Algunas consideraciones en torno a lo narrativo en historia” en *Cuadernos de Historia Moderna*, 20, 1998, pp. 107-109. En el brillante artículo también se explica la lucha titánica que, larvada o explícitamente, se viene disputando entre narrativistas y estructuralistas en el campo de lo historiográfico y las derivaciones que se vienen produciendo desde los años setenta (auge de la posmodernidad y de los filósofos posmodernos que comienzan a salpicar con sus tintes los lienzos de los historiadores del momento, que acuden vicariamente hacia ellos en busca de novedad teórica que aplicar a la práctica) y más aguda y virulentamente, desde fines de la década de los ochenta. El caso español, naturalmente, va al margen.

²⁶ “Probablemente, el paso más creativo que podemos dar hacia delante no sea menos literario que analítico, es decir, quizás consista en encontrar formas expositivas o narrativas que pongan de manifiesto la interacción y las tensiones entre lo grande y lo pequeño, entre lo social y lo cultural. Si así sucede, a lo mejor los desenlaces no son siempre felices, pero la lectura nunca habrá sido tan gratificadora” decía una Davis ya completamente convencida por las ventajas del uso de la narratividad en la historia en el ya pasado 1990. Natalie Z. DAVIS, “Las formas de la Historia Social” en *Historia Social*, 10, 1991, pp. 177-182, p. 182 (publicado originalmente en *Storia della Storiografia*, 17, 1990). *Cfr.* también James S. AMELANG, “Sociedad y cultura en la Europa Moderna: la contribución de Natalie Z. Davis” en *Historia Social*, 6, 1990, pp. 161-169. Afirmaciones en claro de prácticas ya consumadas. Pues ya anteriormente había publicado dos libros que especialmente respondían al giro lingüístico y al empeño de aplicar teóricamente la posmodernidad: *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1983 (1982 del original en francés), nacido al calor de una película y guión cinematográfico (*vid.* el prefacio), en donde no se renuncia al análisis histórico, pero en el que el peso narrativo, el encanto del propio relato, es fundamental y *Fiction in the Archives. Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century France*, Cambridge, Polity, 1988 (1987 publicado por Stanford University Press). Sigue en la línea el *Women on the Margins. Three Seventeenth-Century Lives*, Cambridge (Mass.)/Londres, Harvard University Press, 1995 (el prólogo, mezcla de realidad y ficción, presente y pasado, con la propia autora dialogando con las protagonistas del libro, es, ya en sí, un claro manifiesto, en la práctica, de la defensa de la historia-relato), aunque el último de los publicados del que tenemos noticia (*The gift in Six-*

bien continuar haciendo una historia inserta dentro del marco de la teoría general de la modernidad y, por lo tanto, totalizante, estructural y científica, y que será en buena parte interpretativa, pero reintegrando e incorporando las utilidades y críticas de la posmodernidad, no como fin sino como medio de mejorar el proyecto último de modernidad²⁷. El seguimiento de esta última postura exige también la ampliación del campo epistémico y la reforma, por amplitud, del sistema científico que se viene aplicando hasta ahora en la historiografía. Entendemos, pues, que seguir por esta vía sin cruzar el puente que salve esta barrera no aportará nada realmente nuevo, sino que agotará hasta la extenuación los recursos de los tres paradigmas ya fenecidos²⁸.

teenth-Century France, Oxford, Oxford University Press, 2000) parece un nuevo giro en su carrera historiográfica (aun y cuando no se haya desentendido del gusto por la forma: el formato del libro (pequeño, como un vademécum), el papel empleado y lo cuidado de la edición nos hablan de ello), por cuanto no hay protagonistas (a no ser el propio tema, sujeto del libro) ni relato (entendido éste a como lo practicó antes).

²⁷ Sería la importación de la actitud de Jürgen Habermas en filosofía a la historiografía. Pueden confrontarse mis afirmaciones con las expuestas por Antonio Morales, que amplía los razonamientos aquí expuestos, diferenciando entre “historia científica” e “historia tradicional” y la quiebra o puesta en cuestión de ambos por la asunción de la narratividad de vertiente posmoderna (vid. Antonio MORALES MOYA, “Formas narrativas e historiografía española” en *Ayer*, 14, 1994, pp. 13-32, esp. pp. 13-16 e “Historia y postmodernidad” en *Ayer*, 6, 1992, pp. 15-38, esp. pp. 15-22, en las que se insiste en que la narratividad ‘ataca’ a todo tipo de ‘metarrelatos’ y, por lo tanto, a los paradigmas que estaban en alza en aquellos momentos de la década de los ochenta en la que la posmodernidad comenzaba de veras a introducirse en los estudios historiográficos: Marxismo, *Annales* y la Historia Económica).

²⁸ Este sería para nosotros el callejón sin salida de Roger Chartier, que en ese sentido, lo que hace no es más que languidecer con los últimos recursos que le puede proporcionar *Annales*, y, con él, todos los que recurren a la historia de los libros, los lectores o las lecturas desde ese mismo punto de arranque. Todo ello un poco más por extenso en el siguiente apartado.

De todos modos, y llegados a este punto, habrá que tener cuidado en alcanzar a ver no solo las posturas tomadas por cada uno de los historiadores, sino el camino andado hasta llegar a él, pues como muy bien señala el profesor Gonzalo Bravo, hay historiadores que “están de vuelta sin haber llegado”. No pocos profesionales han comenzado a alborozarse ante el son de los renovados vagidos de la narratividad no porque cansados de ejercitarse en los proyectos de modernidad hayan visto en la asunción del movimiento posmo-

3. 2. De los temas y objetos de estudio

3. 2.1. El libro como vedette de la corriente

El libro se ha convertido realmente en el centro de interés de esta nueva vía. Forma parte de una derivación compleja. La NHC deviene en Francia en simple y llana historia del libro, de la lectura y de los lectores. Y deriva porque en el giro que ya hemos señalado anteriormente de los *Annales* se salva a través del camino de lo libresco. Haciendo historia cuantitativa del mismo cuando ésta está en sus últimos años de vida, se pasará a la siguiente etapa —ya más antropológica, más cualitativa y menos numeral, con más mentalidad²⁹— con gran éxito, salvándose definitivamente de la crítica de los ochenta y consiguiendo hacerse con el vacío que se había producido en la escuela parisina y así salvarla de su disolución.

Esta opinión no es compartida, evidentemente, por el mismo Charrier, que un artículo del año 1987 (es fácil observar ya el viraje interesado que le está intentando dar a su historia del libro) intenta situar a la misma historia del libro como una historia propia no ya tan vinculada a *Annales* como a ojos ajenos pueda parecer sino ya como casi

dermo una nueva vía para ellos mismos, sino porque esta nuevo ejercicio de práctica histórico les coloca en la cresta de la ola al poder reciclar su vieja 'vieja historia' (rankiana, política, evenemencial o cualquier significante que quiera dársele) en nueva teoría y, así, saltarse cincuenta años de historiografía para llegar a estar otra vez de moda sin el más mínimo esfuerzo (Cfr. Gonzalo BRAVO, "Limitaciones y condicionamientos de la reflexión historiográfica española" en *Hispania*, LVIII/1, 198, 1998, pp. 55 y ss.). En buena parte es el camino que, para algunos, ha trazado el tan a menudo controvertido Lawrence Stone ("... el tipo de narración o relato hacia el cual parece que Stone celebraba el 'giro' de su aparente 'nueva historia narrativa' es, en sí mismo, bastante tradicional, anclado en buena medida en los términos establecidos en el siglo XIX", tal y como concluían Isabel Burdiel y María Cruz Romeo en un breve repaso a las lecturas que sobre el tema había firmado el propio autor. Cfr. Isabel BURDIEL y María Cruz ROMEO, "Historia y lenguaje: la vuelta al relato dos décadas después", *Hispania*, LVI/192, 1996, pp. 338-339 y ss.).

²⁹ Cfr. Charles-Oliver CARBONELL, "Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia" en ANDRÉS-GALLEGO, *op. cit.*, pp. 91-100.

una corriente alterna y no temática de la misma escuela. En dicho artículo, en el que el eje gravitatorio sigue siendo (¿podría ser de otra manera?) Francia (por Francia entienden *Annales*), se desentiende del resto de la historia del libro elaborada en su país (Maxime Chevalier y Lucienne Domergue serían un claro ejemplo³⁰), aunque hay sanas referencias (la ausencia sería, de otro modo, escandalosa) a la historia del libro de Robert Darnton y de buena parte de la historiografía norteamericana e inglesa³¹.

Se pasaría, por tanto, de una historia del libro a una de la edición para finiquitar el trayecto en la estación de la lectura y los lectores³². La evolución, insistimos, no es tanto un devenir propio e interno que respondiera a unas exigencias autónomas y específicas de la corriente, como una acción impuesta por las circunstancias determinantes de la historiografía en general y de la de *Annales* en particular. De hecho, la historia primera del libro es cuantitativa, como lo es casi toda la producción historiográfica de la escuela que dirige Braudel en los años

³⁰ Siendo franceses, se dedican desde hace tiempo a una historia del libro que no dista mucho de la ejercida por Chartier, aunque cierto es que en el campo de la cultura española. Cfr. Maxime CHEVALIER, *Lecturas y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976 y de Lucienne DOMERGUE, *Le livre en Espagne au temps de la Révolution Française*, Lyon, Presses Universitaires, 1984, y, “Los lectores de libros en los últimos tiempos de la Inquisición (1770-1808)” en Joaquín PÉREZ VILLANUEVA (dir.), *La Inquisición española. Nueva visión, nuevos horizontes*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

³¹ Vid. Roger CHARTIER, “De la historia del libro a la Historia de la lectura” en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 13-40. (Reproduce el texto de una conferencia pronunciada en 1987 en la American Antiquarian Society bajo el título “Frenchness in the History of the Book: from the History of Publishing to the History of the Book”).

³² Este es el trayecto que ha realizado el mismo Chartier en su devenir historiográfico (Cfr. el artículo arriba citado y Roger CHARTIER, “Texts, Printing, Readings” en Lynn HUNT (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley/ Los Ángeles/ Londres, University of California Press, 1989, pp. 154-175, publicado más tarde, pero con ciertos retoques y recortes, como Roger CHARTIER, “Textos, impresos, lecturas” en *Libros, lecturas y lectores...*, pp. 41-57).

sesenta³³. A la caída del número y la subida de las mentalidades, década de los setenta, responde una socialización de la historia del libro a través de la edición del mismo y el marco sociocircunstancial que le rodea. A mitad de los ochenta, con la caída de los paradigmas y el embate de la posmodernidad, llega la catequética categoría de representación, haciendo virar nuevamente la perspectiva y pasar de lo social de la cultura a lo cultural de lo social, y analizar con ello los distintos modos de lectura en las diferentes clases sociales entrando entonces las categorías de cultura popular y cultura de elites en el discurso de esta corriente³⁴.

Por ello, y a estas alturas, sí consideramos que la NHC de Roger Chartier no es ni más ni menos que una proyección lineal del paradigma *annalista*, un ejemplo de práctica temática al calor de la escuela, y, por ello, no ya solo heredera de la Historia de la Mentalidades, sino de toda la tradición de esta disciplina francesa. Así, la historia cultural (paraguas que abriga y convierte en corriente a la historia del libro) “no figura como tal en el *Dictionnaire des sciences historiques* (Burguière, 1986), no logra capítulo aparte en la ya mencionada obra *Faire de l’histoire* dirigida por Le Goff-Nora, como tampoco consigue un apartado propio en *La Nouvelle Histoire* (Le Goff-Chartier-Revel, 1978)”³⁵, porque no ascenderá a la primera línea hasta que las circunstancias internas (de escuela) y externas (de ambiente intelectual) así lo permitan. Por ello, la resistencia y la no disolución total de la corriente *annalista* se debe a la promoción de la historia del libro gracias a que, por un lado, cuenta con un líder todavía joven con capacidad de gobernar con fuerza el timón de la nave, Chartier, y, de otro, a que ha reintroducido en su discurso, sin intentar

³³ Cfr. CHARTIER, “De la historia del libro a la Historia de la lectura...”, pp. 14 y 15.

³⁴ Cfr. también Ricardo GARCÍA CÁRCEL y Manuel PEÑA DÍAZ, “Historia de la cultura: de los fines a los medios” en *Iber*, 12, 1997, pp. 47-54. Confirma nuestra evolución del devenir de la Historia del libro de *Annales*. También para cuestiones más profundas de esta segunda y tercera generación de *Annales* puede consultarse el corto pero clarificador libro de Peter BURKE, *The French Historical Revolution. The Annales School 1929-1989*, Cambridge, Polity, 1990.

³⁵ Carlos SERRANO, “Historia cultural, un género en perspectiva” en *Historia Social*, 26, 1996, p. 110.

perder el horizonte de los rasgos definidores de escuela de *Annales*, en graciosa y arriesgada simbiosis, las nuevas concepciones dadas por la antropología simbólica última y las corrientes de filosofía posmoderna y semiología.

Pero no nos llevemos a engaño. En el seno de esta corriente temática no hay una verdadera revolución epistémica: ni en fuentes ni en formas de analizarlas. Los métodos empleados de los años sesenta a ochenta son los comúnmente usados por la historiografía *annalista* de aquel periodo, y en los noventa, se emplean palabras y conceptos de antropología y semiología (ajenos en cierta medida a la escuela, pero sin producir quiebra en ella), pero más en una vertiente formal que conceptual³⁶.

Sus libros sobre investigación acerca del tema no plantean en el fondo nuevas formas de observar ni de analizar los periodos temporales en liza. De hecho, no pasan, en gran parte de los casos, de ser monumentos descriptivos que rechazan la interpretación y explicación profunda y la inserción del panorama del libro en el contexto cultural y social amplio de la etapa a analizar³⁷. Responden a la expectativa en

³⁶ De muestra: "Afirmar que la realidad es generalmente accesible a través de los discursos (*y, para el historiador éstos siempre son textos escritos*) que pretenden organizarla, someterla o representarla, no es postular la identidad entre la lógica logocéntrica y hermenéutica ..." (la cursiva es nuestra; *vid.* Roger CHARTIER, "'Cultura popular' retorno a un concepto historiográfico" en *Manuscrits*, 12, 1994, p. 59). Como puede observarse, esto no es nada nuevo. Fue precisamente Ranke, uno de los más contumaces defensores de los textos escritos (los documentos de archivo) y a su vez uno de los blancos más manidos de las iras renovadoras de Febvre y Bloch, padres de la corriente en la que se inscribe Chartier, quien reclamó un lugar central de los documentos en el ejercicio historiográfico hace ya mucho tiempo. ¿No es hora ya de preguntarse por el resto de los discursos por los que ha de preocuparse el historiador? En ello nos entretendremos más adelante.

³⁷ *Cfr.* los libros de Roger CHARTIER, *Libros, lecturas y lectores...; El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XVI y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994. Otro de sus grandes cultivadores, Robert Darnton, comparte los mismos rasgos epistémicos. *Cfr.* su artículo, Robert DARNTON, "Historia de la lectura" en BURKE, *Formas de hacer historia...*, pp. 177-208 y la contundente y formidable crítica que le hace Charles M. RADDING, "Antropología e historia o el traje nuevo del empera-

cuanto informan de un mundo cultural más complejo y amplían, por tanto, el marco de referencia cultural de una época, pero el hecho de detenerse en la historia del libro, de la edición o de las lecturas y lectores, invalida un proyecto más amplio al que debe tender la verdadera Nueva Historia Cultural.

Es, por tanto, ésta, una de las vías temáticas por las que ha discurrecido y discurre, no sin éxito, la corriente historiográfica analizada ahora por nosotros, pero ni ésta se agota aquí ni la de la historia del libro es el marco principal de la misma³⁸.

3.2.2. *La Historia de la cultura popular. Otra práctica, otro camino*

“Hace veinticinco años, ‘Cultura popular’ era algo que se metía en un cajón de sastre de reciente creación llamado ‘Historia Social’”³⁹ y, por lo tanto, aunque tenía un marcado carácter cultural, su nacimiento estaba envuelto en empeños marxistas de mostrar la historia desde abajo, o de los grupos menos privilegiados por los estudios históricos, desde un punto no ya tan dialéctico, tan dependiente de la dinámica social, como de desentrañar las particularidades culturales (amplias) de la clase trabajadora.

dor” en *Historia Social*, 3, 1989, pp. 103-113, publicado inicialmente en *Quaderni Storici* en 1984). Sirva un botón de muestra con respecto al ensayo principal del libro de DARNTON, *The Great Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Basic Books, 1984: “Por esto, Darnton nos cuenta una bonita historia, pero no nos dice nada de la Francia del siglo XVIII que no hubiéramos aprendido ya en sus libros precedentes sobre la situación de los tipógrafos en el Ancien Régime”, p. 111.

³⁸ Como ha pretendido hacer ver el artículo de GARCÍA CÁRCEL y PEÑA DÍAZ, *op. cit.* que, en sinécdoque errónea, establecen que la historia de la cultura es netamente la realizada por los historiadores del libro (con alguna referencia a la historiografía de la fiesta y lo festivo). De este mismo defecto adolece el artículo de SERRANO, *op. cit.*, que si bien contiene afirmaciones valiosas en otro orden de cosas, peca de simplismo al reducir el objetivo de la historia cultural, en la misma forma que los anteriores, al marco cerrado de los *Annales*.

³⁹ Dai SMITH en Asa BRIGSS, Peter BURKE, Dai SMITH, Jeffrey RICHARDS y Stephen YEO, “¿Qué es la historia de la cultura popular?”, en *Historia Social*, 10, 1991, p. 155.

Así, señala Burke que “desde la Historia, Edward Thompson y Eric Hobsbawm, ambos estudiantes de Cambridge durante los años treinta, se preocuparon por la relación entre la cultura y sociedad, especialmente en lo que se refiere a la cultura popular”⁴⁰. Los dos pertenecen a la llamada escuela marxista británica heterodoxa, debido a que el resto de los marxistas continentales, más rígidos, menos amplios, les acusaban de padecer exceso de ‘culturalismo’, mientras que el resto de los historiadores de la cultura los rechazaban por insistir en demasía en los factores políticos y económicos⁴¹.

Desde allí, y traspasando ya los años 60, aunque estos historiadores sigan su camino particular, comienzan a cobrar auge en distintos ámbitos historiográficos los estudios sobre cultura popular, fuera ya de márgenes exclusivamente marxistas. El cambio de perspectiva viene auspiciado por un lado en la amplitud dada en los setenta a la historia social, que abre el campo a los no privilegiados, saltando desde aquí a una visión del objeto desde la perspectiva de la cultura. Por otro, habría que señalar, o levemente apuntar, hasta qué punto la Historia de las Mentalidades francesa no fue una forma de análisis cultural de lo popular (si por cultura entendemos un campo ancho en el que se incluyen los actos y las motivaciones motoras de los mismos)⁴².

Así, ya a fines de la década de los setenta, y desde una nueva perspectiva, aunque debiendo más de lo que se tiende a afirmar a los histo-

⁴⁰ Peter BURKE, “De la Historia de la Cultura a las Historias de las Culturas” en Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, Ignacio OLÁBARRI y Francisco J. CASPISTEGUI (eds.), *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy. El auge de la historia cultural. VI Conversaciones internacionales de Historia. Universidad de Navarra. Pamplona, 10-12 de abril, 1997*, Pamplona, Eunsa, 1998, p. 9.

⁴¹ *Cfr. Ibidem*, p. 9 y ss.

⁴² *Cfr.* el artículo de CHARTIER, “‘Cultura popular’: retorno a un concepto historiográfico...”, en el que no establece los límites historiográficos del término, sino que, por una parte describe muy someramente algunos aspectos de la cultura popular de la edad moderna y contemporánea, con especial atención (¡cómo no!) a la historia del libro, y de otra rechaza el giro lingüístico que amenaza a la historiografía. Pero el hecho mismo de que emplee el término para insertar marcos de su propia investigación es, de por sí, interesante.

riadores marxistas británicos, Peter Burke se lanza al mercado editorial con un libro ambiciosamente amplio en el que trata de acotar, apuntar y analizar, en la medida de lo posible, los rasgos principales de este tipo de cultura⁴³.

Pero no nos llevemos a engaño. Es un cambio de enfoque, el viraje de interés de una mirada más inquieta, sí, pero nuevamente no hay un cambio epistemológico, un giro metodológico. Observará el lector de dicha obra que las fuentes son casi siempre escritas —manuscritas o no— (aunque hay análisis y referencias a imágenes, éstas siempre son impresas) y lo que aún es más importante, no son tratadas desde una perspectiva nueva, en el que se le pregunte al texto por otro tipo de cuestiones menos ‘racionales’ y más ‘actuantes’, sino que se las trata como se venía haciendo hasta el momento. De todos modos, la introducción del autor al texto merece una observación meditada, pues establece coherentemente y sin trampas los objetivos modestos y los problemas de método y análisis que implica un estudio holístico como el suyo.

No obstante, y llegados a este punto, quisiéramos insistir en una cuestión que no ha dejado de ser polémica: se trata del siempre maduro asunto de la relación opuesta entre cultura popular y cultura elitista⁴⁴, nunca finiquitado. Nosotros entendemos que hay una serie de características comunes que comparten en buena parte muchos de los hombres que vivieron bajo una misma época aun siendo de clases o estamentos sociales diferentes; lo que puede variar en su caso son las materializaciones, pero habrá que establecer entonces si son manifestaciones distintas de un mismo proceso mental o de una igual motivación vital. Además, ¿no podemos afirmar que hay también una ‘cultura popular’ de las clases privilegiadas? Porque ¿qué son los hábitos comunes alimenticios, los gestos y posturas sociales cotidianas, las normas de conducta social, las formas de expresión verbal del grupo de privilegiados sino formas populares de hacer dentro de su grupo?

⁴³ Peter BURKE, *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, Alianza, 1991 (1978 del original inglés).

⁴⁴ Lo de cultura elitista es un de los múltiples términos que pueden usarse. También se le denomina: alta cultura (‘high culture’), cultura intelectual, de las clases privilegiadas o patricia.

¿No es hora de entender lo popular no sólo como un adjetivo que habla de una específica clase social (concepto pues sociológico) sino también como un calificativo que atiende a lo culturalmente aceptado por un conjunto de personas (concepto, por lo tanto, cultural)? Nuestra intención es hacer hincapié en un concepto de cultura que sobrepasa lo excepcional, que rastrea lo escrito pero para sobrepasarlo, adentrándose ya no sólo en las mentalidades —herencia, por supuesto, valiosa y de buen provecho— sino en los objetos no escritos dejados por nuestros antepasados analizándolos no como escenario sino como documentos. Volveremos sobre ello enseguida.

3.2.3. *El espacio, el sonido, la imagen y el objeto. De las nuevas fuentes de conocimiento, estudio y análisis para la NHC.*

Ninguno de ellos es realmente original; existen y han sido analizados antes por multitud de escuelas y de profesionales de distintas especialidades: historiadores del arte sobre todo.

Pero ahora son nuevos objetos porque habrán de ser rescatados de las garras de sus ‘especialistas’, haciendo girar sus significados con el fin de tornarlos más culturales y extraerles la retórica estética que llegados a este punto no nos interesa.

Por lo visual se entiende todo tipo de materialización icónica, ya sea arte o no, sobre cualquier tipo de soporte (pinturas, esculturas, parte de la arquitectura, fotografías, dibujos, etc.)⁴⁵. Al no interesarnos su talante estético, al no importarnos su valía personal, sino el mensaje que introduce en el campo cultural en el que nace, se desarrolla y muere en ocasiones, el trazar su calidad o no, sus avances esteticistas o sus méritos en el terreno artístico, carece de interés. El dejarse llevar por la jerarquía de estudio que con ellas ha establecido la historiografía artística sería una trampa fácil en la que caer pero fatal para aquel que aspire a ejercitarse en una nueva forma de tratar estos objetos del pasado. No son más valiosos aquí los cuadros galantes de un Fragonard que los frescos borrosos, provincianos y cándidamente inocentes que del purgatorio se han hecho en una iglesia de provincias de Europa. Y no se establecen fronteras de valía porque el tesoro es el men-

⁴⁵ Cfr. Ivan GASKELL, “Historia de las imágenes” en BURKE, *Formas de hacer historia...*, pp. 209-239.

saje, a través de la imagen, no la calidad artística. Y si la historia social ha abierto el campo de estudio para 'los de abajo', 'los sin historia', esta es una manera, cultural, por supuesto, de dotarles de significado, de avivar y sacar de la tumba todo su mundo de representaciones, los fantasmas del temor que flotaban en las plazas de las villas, los regocijos festivos al encontrarse con la imagen del patrón religioso del pueblo o los recelos al vislumbrar el anillo de la dignidad eclesiástica que se acerca con paso desafiante por la avenida de la iglesia.

Por lo espacial entendemos la arquitectura en sentido de definir y clasificar el espacio, no de trazar modelos de diseño estético. Se trata de reincorporar al estudio y al interés del historiador los escenarios 'naturales' de convivencia, de vida, de las sociedades ya fenecidas. Las mismas disposiciones de las calles, los lugares de encuentro público o privado analizados en sí mismos, no como escenarios que ilustran y adornan los gestos y la vida de los personajes en escena, de los contemporáneos, sino como escenarios que en sí mismos poseen significados (por supuesto que múltiples en cada tiempo, e históricos, esto es, cambiante con el devenir temporal) son lo que de interés ha de tener para nosotros. Son significantes de un mundo perdido, pero que intentaremos analizarlos como documentos en sí mismos con el fin de intentar rescatar los significados que han poseído y poseen.

Asimismo, los sonidos típicos de cada época serán objeto de los observadores del presente. Pero no sólo los artísticos, los creados 'excepcionalmente' con un fin más o menos definido. Muy al contrario, se trata de intentar resucitar las atmósferas sonoras de los espacios pasados, de los escenarios personales de los antiguos. Sonidos como el de la campanilla, hoy fuera de la mayor parte de la cotidianidad de nuestras industrializadas vidas, poseían un son familiar para la mayor parte de los hombres de la Europa de hace cuatrocientos años, aunque, como podrá notar el lector atento, no signifique lo mismo (ni se explica igual) la pequeña campana que revolotea recogida en el oficio religioso de la misa a la hora de la consagración que la que reclama a la servidumbre en el entorno social de una feliz casa burguesa. Las campanas de una iglesia aldeana elevaban al aire significados inequí-

vocos que obligaban a actuar a quien los escuchaba. Ello es también lo que hay que intentar rescatar⁴⁶.

Por último, los objetos de la época, los artefactos, los utensilios, las creaciones físicas útiles o no, grandes o pequeñas, impresionantes o insignificantes, con las que vivían los hombres del pasado. Mobiliario y vestidos, joyas y zapatos, juguetes y alimentos vienen a resucitar el complejo entramado, junto a lo arriba señalado, de la existencia cotidiana de aquellos que nos precedieron en tiempo y espacio. Para muchos, gran parte, su manera de entender la vida, de actuar pues en consecuencia, se deriva del uso, de la cercanía, de la participación y de la convivencia con este tipo de creaciones culturales.

Como bien habrá podido observar el lector atento, la mayor parte de los objetos presentados hasta el momento han sido o son objeto de estudio por multitud de científicos, ya sociales, ya humanísticos (y que son primordiales y los primeros en los estudios de arqueología y en parte de los de antropología, al carecer éstos, claro está, de documentos escritos de la época). Pero lo que aquí y ahora se plantea es la reintroducción de los mismos en el discurso de la historiografía a partir de una nueva *episteme*, de una nueva luz de observación.

Se trata, por tanto, ya no sólo de analizar los símbolos, palabras y algoritmos, tal y como nos informa el profesor Aróstegui, (¿hasta qué punto no son las palabras y los algoritmos símbolos en su profundidad más elemental?), sino todo lo que va más allá de estas tres categorías pero que, igualmente, no dejan de ser símbolos (porque llegados a este punto, toda manifestación cultural, sea del signo que sea, no será en sí misma más que un símbolo)⁴⁷.

⁴⁶ La revista *Antropología* dedicó su número 15-16, de 1998, a “El sonido de la Cultura. Textos de Antropología de la música”. Como puede ya observarse en el subtítulo, se acaba por identificar sonido con música, lo que acaba por reducir sin necesidad el campo inicial de lo sonoro. Nuestra propuesta: ir más allá.

⁴⁷ Cfr. ARÓSTEGUI, “Símbolo, palabra y algoritmo...”, pp. 1 y ss.

3.2.4. De la perspectiva del nuevo uso para las nuevas fuentes

Como se ha señalado ya, prescindirá el cultivador de la NHC de tratar los objetos como artefactos estéticos. Quedan excluidas las categorías impuestas por esta disciplina al entender que lo que nos importa es el mensaje, la transcendencia que estas creaciones culturales tienen para la transformación, creación y ejecución de las mentalidades, de los actos y de las formas de vida de los individuos que se desarrollaron con ellas⁴⁸.

Se trata de observar el mensaje, de cómo éste se transmite, llega y se convierte en efectivo. Comenzaremos entonces por coger los objetos materiales de cultura del pasado, situarlos en el centro de nuestro interés histórico y estudiarlos como documentos, no como abalorios o ilustraciones de un espacio pretérito.

Como si de estrellas se tratara, dejarán de una vez por todas la periferia investigadora a la que han estado sometidos y en torno a ellos girarán el resto de los logros alcanzados por la historiografía hasta el momento. Será la hora de reintroducir todo el complejo de relaciones sociales, intereses motivadores e individuos actuantes. En definitiva,

⁴⁸ A estas alturas hemos de hacer notar que se han hecho logros epistémicos valiosos en campos ciertamente ajenos al historiográfico, por ejemplo, en lo que respecta a la carga cultural, simbólica e interpretativa que los distintos pigmentos mantienen en una sociedad (Cfr. Eulalio FERRER, *Los lenguajes del color*, México, Fondo de Cultura Económica., 1999 y el aparato bibliográfico que se incluye, quizás más importante que el texto en sí). En el ámbito de la historiografía hispánica no dejan de ser valiosas las aportaciones de Celso ALMUIÑA, "Valladolid a través de los sentidos" en *Investigaciones Históricas*, 12, 1992, pp. 303-314 y Alicia SÁNCHEZ ORTIZ, "El color: símbolo de poder y de orden social. Apuntes para una historia de las apariencias en Europa" en *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV: Historia Moderna*, 12, 1999, pp. 321-354. No obstante, la debilidad de los aparatos críticos (el primero no contiene ni una sola referencia bibliográfica ya de carácter epistemológico, teórico o temático. Parece, además, que no ha seguido desarrollando esta línea argumentativa en posteriores escritos, lo que nos lleva a interpretar que fue una alto en el camino y no la apertura de una nueva vía epistemológica con la que 'recuperar' más, si cabe, el pasado histórico) resta quizás credibilidad al ejercicio practicado.

se trata de hacer observar que todos estos objetos no son en sí mismos más que significantes de un tiempo a los que tenemos que volver a dotar de los significados (múltiples tanto por la estática como por la dinámica histórica); de ver cómo generaron el mundo de representaciones en la época en la cual fueron creados. Observar en que modo se cumplen las expectativas en ellos insertas.

Al mismo tiempo, la labor no acaba ahí. El objeto, el mensaje, no son nada por sí mismos. Un mensaje sin un receptor que lo descodifique existe pero sin función y, por lo tanto, su interés se ve reducido. Es entonces cuando se coloca al objeto de nuestro análisis en contacto con los individuos que disfrutaron, padecieron, simplemente vivieron, en los espacios cargados de objetos y sonidos. Y, así, se inserta el objeto en el mundo vivo para el que fue creado, se observará su función, su uso, su empleo y efectividad y se participará de su cualidad para crear actitudes, motivar actos o establecer pautas de comportamiento.

Pero es cierto, tan exultante entusiasmo nos ha desviado de lo principal: ¿cómo hacer hablar a los objetos? Al igual que una arqueología en su raíz epistémica, metodológica, no teórica, se intentará analizar el documento o documentos culturales en juego en tres planos: a) plano individual, lo que significa la clasificación de las características físicas y circunstanciales del objeto en sí mismo, b) plano ambiental, o la relación del objeto en el contexto cultural y social estático, reducido-próximo y amplio-lejano en el que fue creado, vive o ha muerto y c) plano estructural, o la inserción en el marco civilizatorio en el que se desenvuelve⁴⁹.

Por ejemplo, si cogemos una caja de rape del siglo XVIII, tendremos que analizar primero el tamaño, material, complejidad de elaboración, mensaje (fin o fines de la creación, tanto físicos como espirituales), emisor (creador o artista) y receptor (comprador y usuario). Para ello será necesario salir del propio objeto y apoyar la investiga-

⁴⁹ El lector inteligente no renunciará a oler en este entramado el aroma del esquema braudeliano. Establecemos pues filiaciones, aun y cuando podrá observar este mismo lector que el objeto al que se le aplica el esquema es radicalmente distinto al que manejó el maestro francés.

ción con documentos escritos de la época. Más tarde, en el plano ambiental, trataremos de colocar el objeto en el contexto sociocultural de la época, obligándolo a entenderse y dialogar con los otros materiales con los que ha compartido espacio y función social; trazaremos sus movimientos, cómo se ha usado en el contexto en el que ha vivido y cual es la transcendencia del mismo en el entramado físico de las personas que lo han presenciado (lo que implica tener que apoyarse a su vez en bibliografía sobre el periodo, otras fuentes culturales, visuales y literarias, por ejemplo, en las que observar el objeto en acción). Por último, tendremos que compararlo, sacarlo fuera de su mundo cerrado y circular para entender la importancia del mismo, o de los mismos, en el marco general de la civilización que lo creó. Señalar la importancia o no, la transcendencia de su presencia en la dinámica cultural global de su mundo.

Los tres planos se interrelacionan y necesitan a su vez de otros objetos e investigaciones para que lleguen a ser realmente definidos históricamente.

E interpretar. Volvemos a insistir en esta parte del camino que no se puede conformar ni se conformará la historia cultural de nuevo cuño con la descripción, amplia o reducida, de los objetos que aquí hemos intentado traer. Por supuesto que no. Volver a este tipo de historia es volver a un Ranke, a una historia de lo particular, aunque en vez de basarnos en los acontecimientos políticos, fundamentaremos nuestro discurso en los acontecimientos culturales (como muchos han entendido y entienden la historia de la cultura) o en los acontecimientos materiales (como sería la de aquel que reintroduciendo toda la cultura material de una época, renunciase a explicar y/o interpretar todas las circunstancias y estructuras que les dotan de significado)⁵⁰. Esa explicación se haría también a partir de las nuevas fuentes propuestas. Por ello, ya no será imprescindible el remitir a un lector a una fuente manuscrita, sino a una cualquiera, la que mejor lo demuestre, de las arriba propuestas.

⁵⁰ Para ampliar y clarificar entre comprensión, explicación o explicación comprensiva, recúrrase a HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, pp. 240-252.

Llegados a este punto, ¿le será lícito al historiador renunciar a constatar cuáles son los efectos, las representaciones, las obligaciones culturales que producen el contacto cultural de estos objetos en los individuos, las clases y la sociedad de cada tiempo y espacio?, ¿no es necesario ya explicar cómo trabajan, cómo crean, cómo construyen dentro y fuera de cada marco civilizatorio?.

Se trataría de apostar por la ‘culturología’ o, como la etimología indica, el conocimiento de la cultura en su mas amplia dimensión, rechazando la simple y llana ‘culturografía’ o descripción pueril de los objetos de estudio a analizar. Así, del mismo modo que el antropólogo no puede ni debe conformarse con la mera descripción y catalogación de los rasgos de una cultura (sean éstos de la categoría que sean, porque lo aquí señalado ya no es cuestión de tema, sino de enfoque epistémico, de actitud metodológica), con hacer etnografía, sino que exige de su profesión el ir más allá intentando clarificar y explicar lo que posee entre manos, es decir, hacer verdadera antropología, del mismo modo, el nuevo historiador de la cultura renunciará a hacer una historia de lo particular que quede resumida en la descripción de los objetos analizados.

De hecho, la mayor parte de la supuesta NHC no lo es, porque practica nuevos temas pero con vieja epistemología, y eso no es una nueva historia, sino el cuerpo ya manido de un ser ya contemplado suficientemente que ahora cambia, una vez más, de ropaje.

Es aquí, llegados a este punto, donde también el historiador habrá de dar uno de los grandes saltos ignorados por toda la profesión durante el presente siglo: el asalto al museo. Tal y como expone Gaskell, “creo que todavía está por plantear un provechoso diálogo entre los estudiosos de los museos de arte (y recordemos que esto incluye a los conservadores y a los científicos tanto como a los *curators*) y los historiadores de la sociedad, la economía o incluso la política”⁵¹, a los que podríamos añadir los historiadores de la cultura, que no deberán ir al museo como el que va de visita, sino como cuando este mismo pro-

⁵¹ Ivan GASKELL, “Historia, historia del arte y museos. ¿Una conversación a tres bandas?” en VÁZQUEZ DE PRADA, OLÁBARRI y CASPISTEGUI, *op. cit.*, p.109.

fesional va a la biblioteca: no es su fin el de observar los libros en las estanterías, ni siquiera el de leerlos, sino el de descodificarlos. De igual modo, debemos ir al museo no para contemplar gozosos los objetos expuestos (actividad legítima desde un punto de vista no científico, por supuesto, pero no es el que aquí y ahora nos interesa), sino a interpretarlos de modo profesional, intentando aportar las claves por los que entenderlos en su contexto histórico amplio y reducido⁵².

4. Conclusiones

“En rigor, ¿qué importa describir o pintar? ¿Qué importa obtener una visión de dos o de tres dimensiones? Lo importante es comunicarse, manifestarse, darse a entender, siquiera sea por alusiones remotas, gestos mudos y palabras volanderas”. Ramón Pérez de Ayala, *Belarmino y Apolonio*.

“Si seguimos las líneas que he sugerido, y desarrollando las tendencias que ya están definiéndose, los historiadores seremos más capaces de cumplir nuestra doble función, que es la misma que la propuesta y desempeñada hace más de 2.000 años por Tucídides y Heródoto. La primera es desarrollar explicaciones multicausales más convincentes de cómo llegamos desde allí a aquí. La segunda es recuperar el aspecto, y la sensación, y la textura, de cómo vivían nuestros antepasados en el mundo premoderno que hemos perdido. De alguna

⁵² Algo de lo que aquí se viene exponiendo hay en el libro de Peter BURKE, *The fabrication of Louis XIV*, New Haven, Yale University Press, 1992 (*La fabricación de Luis XIV*, Madrid, Nerea, 1995) o en el artículo de Randolph STARN, “Seeing culture in a Room for a Renaissance Prince” en HUNT, *op. cit.*, pp. 205-232. Tampoco estaría presumiblemente lejos de esto el libro de José ANDRÉS-GALLEGO, que ha pasado relativamente desapercibido para la historiografía: *Historial General de la gente poco importante (América y Europa hacia 1789)*, Madrid, Gredos, 1991: “...hace falta cambiar el modo de concebir la síntesis de la historia general”, p. 8, por lo que dedicaba el libro que el lector tenía entre manos a temas que normalmente no tienen entrada en los manuales-resúmenes de cada periodo histórico (ya españoles, ya no). No obstante, lo que se propone en este pequeño opúsculo y la visión que sobre la historia antropológica materializa José Andrés-Gallego (pp. 361-362), se encuentran verdaderamente distantes. Andrés-Gallego lleva empeñado varios años en reintroducir al hombre en su concepción cristiana en los estudios históricos (de ahí que su idea de reintroducir lo antropológico no va encaminada a que los historiadores se acerquen más y más a lo que los antropólogos hacen, sino a reconciliar la idea antropológica cristiana con la práctica y los estudios historiográficos).

manera debemos ponernos en sus manos, comprender su sistema de creencias y modos de pensamiento. Si alcanzamos estos dos objetivos, estaremos en condiciones de sostener que nuestras actividades y existencias desempeñan un papel significativo en la vida cultural de la sociedad en la que vivimos". Lawrence Stone⁵³.

Explicar, recuperar, funcionar, comprender: actuar, hacer, no describir. Quizás sean estas algunas de las propuestas más esperanzadoras lanzadas desde la profesión en estos últimos diez años⁵⁴.

Habrà podido comprobar el lector que haya llegado a este punto que el trazado de la NHC no es tan sencillo como pudiese pensarse.

No son pocos los historiadores que se han conformado en analizarla como una corriente más temática que epistémica⁵⁵, de ahí parte

⁵³ Lawrence STONE, "Una doble función. Las tareas en las que se deben empeñar los historiadores en el futuro" en *El País, Temas de nuestra época*, 289, año VII, jueves 29 de julio de 1993. Aun con miedo de malinterpretar al propio Stone, he colocado aquí una cita suya que, a mi entender, señala el empeño del autor por entrar de nuevo en un proyecto de modernidad modificado al mismo tiempo que trata de vincularlo, de ahí la referencia a los antiguos, con vías tradicionales de disciplina histórica. De todos modos, los olores estructuralistas y cercanos (¿no hay fragancia gala tras el lenguaje?) nos parecen obvios y, en Stone, dignos de ser recogidos y destacados en servicio al afán de eclecticismo conciliador que plantea.

⁵⁴ Aunque, volviendo a insistir, buena parte de los integrantes de la NHC quieran un mayor peso del narrativismo en historiografía. Cfr. Lynn HUNT, "Introduction: History, Culture, and Text" en HUNT, *op. cit.*, pp. 1-22.

⁵⁵ En ese sentido parecen dirigirse el artículo de Octavio RUIZ-MANJÓN, "Nuevas orientaciones en Historia Cultural" en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.), *La Historia Contemporánea en España. I Congreso de Historia Contemporánea de España, Salamanca, 1992*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pp. 197-205, o el capítulo del libro de Josep FONTANA, "Viejos campos en proceso de renovación: historia de la cultura, historia de las mentalidades", en *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 101-112, en las que circunscribe el panorama en torno a los logros de la escuela marxista y de mentalidades francesa, pero se desentiende de otros ámbitos despachándolos en breves desprecios sin llegar a entrar en el debate (p. 105).

de los muchos problemas de clarificación. Porque al desentenderse de analizar las raíces ciertas de la naturaleza historiográfica cae uno en la tentación de calificar como nueva tendencia lo que en realidad no lo es. El hecho es que pueden ser practicados nuevos temas con una epistemología ya definida (a veces, incluso, ya vieja, aunque no por ello anticuada) y eso, en nuestra opinión, invalida un proyecto que tenga vocación de ser realmente nuevo.

Pero tampoco vaya a pensarse que el hecho de que una buena parte de la historiografía concerniente a la cultura esté intentando abrir un nuevo campo a la epistemología en su raíz de fuentes y en el sistema de explicación, vaya a proporcionar al historiador lloroso de no poder amarrarse a un pilar inmóvil la asunción de un nuevo paradigma⁵⁶. No se trata de eso, puesto que si acordamos que la historiografía última se realiza y ha de venir, pues, por la vía de un debate “interdisciplinar y transnacional”⁵⁷ y, en buena parte, la NHC así lo es, puesto que es hija del postestructuralismo y la disolución de escuelas en gran medida, será difícil que de esas contingencias salga un nuevo paradigma de escuela al modo en que lo fueron las que vivieron en torno a la segunda mitad del siglo que ya hemos dejado.

⁵⁶ En buena parte lo que quisiera y pretende ARÓSTEGUI, “Símbolo, palabra y algoritmo...”, p. 224: “Es preciso recomponer una *idea paradigmática de cultura* si es que queremos hacer historia de la cultura”, lo que, entiendo yo, conllevaría a crear una escuela más o menos definida en torno al concepto). Tampoco coincidimos con el análisis de Carlos Barros, que pretende hacer ver la cercanía de la asunción de un nuevo paradigma, única salida también, entiende él, para dejar la posmodernidad, mientras que no dedica una sola línea a la apertura epistémica o a la renovación metodológica de la que nos hemos intentado hacer eco aquí (cfr. Carlos BARROS, “Hacia un nuevo paradigma historiográfico” en *Memoria y Civilización*, 2, 1999, pp. 223-242. De todos modos, es algo en lo que lleva empeñado hace años, pero, creemos, no termina de dar con las claves de ese supuesto nuevo paradigma (cfr. para entender sus motivaciones y explicaciones más profundas: Carlos BARROS, “A historia que ven”, en Carlos BARROS (ed.), *Historia a Debate. Galicia*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995, pp. 9-30). Sin embargo, no deja de ser encomiable y afortunada la labor de empeño por plantear e intentar explicar los problemas de la historiografía ya no sólo gallega, sino española e incluso occidental.

⁵⁷ Cfr. HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia...*, pp. 218 y 219.

Además, porque la pretendida NHC no posee ambiciones teóricas o inspiraciones ontológicas ni claras ni precisas como pudo tenerlas en su momento la historiografía marxista. Más bien al contrario, se perfila como una práctica que no despreciará nada de lo producido hasta el momento, sino que revalorizará, reinterpretará y reformulará buena parte de lo dicho hasta aquí.

También es en este momento cuando debemos insistir y dejar claro que la NHC que nosotros hemos intentado dejar definida, y que va más allá de lo que Chartier practica, no es más ni menos que un nuevo proyecto de modernidad, un intento de despojarse de la teoría posmoderna sobre el conocimiento, aunque ello no implique, como creo que ha quedado reflejado, una pérdida de las sensibilidades y aportaciones que desde la posmodernidad se nos han brindado. Pero téngase en cuenta que, otra vez, y no será la última, el estructuralismo (esta vez más antropológico, basado en lo cualitativo, que serial, basado en lo cuantificable), el sueño inalcanzado de una historia total completa se divide en el horizonte y hace las delicias de no pocos jóvenes historiadores⁵⁸.

⁵⁸ Pues, no obstante, hace unos pocos años, la profesora Hernández Sandoica escribía: “Comienza a percibirse, cada vez más decidido y claro, a resultas de todo lo anterior, y como indicio y exponente de esa situación, por frágiles e inconscientes que parezcan sus brotes todavía, un nuevo resurgir de lo que hemos llamado hasta ahora mismo ‘historia cultural’. Concepto éste ambiguo y polisémico, cuando no francamente heteróclito, y hasta divergente. Y con aspiraciones indisimuladas —procedentes no tanto de la antropología, aunque puede que de ahí se deriven también algunas de sus incitaciones— a encabezar y controlar un nuevo intento de unificación historiográfica, un esfuerzo orientado a emprender un ultimísimo ejercicio cohesivo, con vistas a lograr restablecer la perdida homogeneidad disciplinar” en Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, “La Historia Contemporánea en España: tendencias recientes” en *Hispania*, LVIII/1, 198, 1998, pp. 91 y 92.

Evidentemente, el debate no queda cerrado. Si quieren hacerse uno o más comentarios o críticas, diríjase el lector paciente a:

historiacultural@eresmas.com